

SANTA CRISTO

Tomé la mano de mi pequeño hijo (esto fue hace dos décadas atrás) cuando juntos entramos en la tienda de una pequeña y remota isla escocesa en la cual fui designado como pastor. Era la semana de navidad; la tienda estaba brillantemente decorada y un aire general de emoción estaba en el ambiente. Sin advertencia, las conversaciones de los clientes sufrieron una interrupción repentina ante la voz inquisitiva que surgía de mi lado. El dedo índice de mi hijo señalaba a un gran Santa Claus de cartón: “Papi, ¿quién es ese hombre que luce tan cómico?, preguntó él.

El asombro se dispersó por los rostros de los clientes que se habían conglomerado allí; las miradas acusadoras se dirigieron a su padre. ¡Qué vergüenza! — ¡el hijo del ministro ni siquiera reconoció a Santa Claus! ¿Cuál será, entonces, la probabilidad de que escuchemos buenas noticias en su predicación durante un tiempo tan festivo? Naturalmente, esas experiencias nos llevan a lamentar el hecho de que el mundo occidental se entrega anualmente a su navidad comercial o de Santa Claus, una reedición de la Saturnalia pagana de proporciones épicas, cuya única conexión con la encarnación es semántica. Quien es adorado es Santa, no el Salvador; los peregrinos van a la tienda, no al pesebre. Es la fiesta de la Indulgencia, no de la Encarnación.

Siempre es más fácil lamentar y criticar el nuevo paganismo de flagrante idolatría del secularismo, que ver cuán fácilmente la iglesia —y nosotros mismos— torcemos o diluimos el mensaje de la encarnación con el fin de acomodarlo a nuestros gustos. Pero, tristemente, tenemos diversas formas de convertir al Salvador en una especie de Santa Claus.

Por un lado, en nuestra adoración esta navidad podemos barnizar la majestuosa verdad de la encarnación con aquello que es visual, audible y estéticamente placentero, confundiendo así el placer emocional con la verdadera adoración. Por otro lado, podemos denigrar a nuestro Señor con una cristología tipo Papá Noel. Es alarmante ver cuán común es manufacturar a un Jesús que es el reflejo de Santa Claus. ¡El tiempo de navidad exige un pensamiento más claro de nuestra parte!

Tras la influencia de Santa, emerge un Jesús pelagiano. Como Santa, lo único que hace es añadirle algo a las vidas que ya se encuentran muy bien ordenadas. La cena de navidad es simplemente una mejor cena para los bien cuidados. De manera que Jesús viene a ser una especie de bono que hace que una buena vida sea mejor.

O quizás es un Jesús un poco más sofisticado que, como Santa, ¡da regalos a aquellos que hicieron lo mejor que podían! De esta forma, la mano de Jesús, como el saco de Santa, sólo se abre cuando podemos dar una respuesta de alto porcentaje a la pregunta de poca relevancia: “¿Has sido bueno este año?” El cielo, como Santa, ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos. La única diferencia con la teología medieval es que no utilizamos su fraseología latina *facere quod in se est* (hacer lo que está en uno mismo).

Y para otros, esta época del año es para el místico Jesús, quien, como Santa Claus, es importante por las buenas experiencias que tenemos, independientemente de los detalles de la realidad histórica. Siempre y cuando tengamos experiencias, todo está bien.

Pero Jesús no debe ser identificado con Santa Claus; la forma mundana de pensar — por más que emplee lenguaje que hable de Jesús — no debe confundirse con la verdad bíblica. Las Escrituras van quitando sistemáticamente la chapa que cubre la verdad real acerca de la historia de la navidad. Jesús no vino para añadir cosas a nuestra comodidad; no vino a aquellos que ya se estaban ayudando a sí mismos.

Aquellos cuyas vidas quedaron atadas a los eventos de la primera navidad, no encontraron Su venida fácil y placentera. Las vidas de María y José quedaron trastornadas; la noche de los pastores quedó atterradoramente interrumpida, y el futuro de ellos con el potencial de cambiar radicalmente; los magos enfrentaron todo tipo de inconvenientes y separación; y nuestro Señor mismo, concebido antes del matrimonio, nacido probablemente en una cueva, pasó sus primeros días como un refugiado huyendo de un Herodes sangriento y vengativo.

Este es, por ende, un elemento de los relatos de los Evangelios que destaca que la venida de Jesús es un evento transformador de grandes proporciones. Esto es así por necesidad, dado el hecho de que no vino simplemente a añadir algo extra a la vida, sino a tratar con nuestra insolvencia espiritual y la deuda de nuestro pecado. No fue concebido en el vientre de María por aquellos que han hecho lo mejor que han podido, sino por aquellos en cuya carne no mora ningún bien. No fue enviado para ser una fuente de buenas experiencias, sino para ser el destinado a sufrir los dolores del infierno, con el fin de ser nuestro Salvador.

Los cristianos que por primera vez comenzaron a celebrar el nacimiento del Salvador vieron esto. Contrario a lo que erradamente se ha dicho, ellos no estaban simplemente añadiendo una capa cristiana a un festival pagano (la Saturnalia romana), como tampoco estaban los cristianos que señalaron y apartaron el Día de la Reforma añadiendo una capa cristiana al paganismo que asociamos algunas veces con Halloween. De hecho, estaban comprometidos con una alternativa radical y diferente a la del mundo y su Saturnalia, rehusando a conformarse a su molde. Estaban determinados a poner su mente, corazón, voluntad y fortaleza exclusivamente en el Señor Jesucristo. No había ninguna confusión en sus mentes entre el mundo y el evangelio, la Saturnalia y la navidad. Eran ciudadanos de un Imperio completamente diferente.

En realidad, tal fue la malicia que levantó en otros la devoción espiritual que tenían hacia Cristo, que durante las persecuciones de Diocleciano del 300 d.C., un número de ellos fueron asesinados cuando se reunieron a celebrar la navidad. ¿Su ofensa? Adorar al Cristo verdadero—encarnado, crucificado, resucitado, glorificado y que regresará—quien les había demandado el todo de ellos, y ese día lo obtuvo así.

Una noche de navidad, durante mis años de adolescencia, abrí un libro que me regalaron, y me vi tan sobrecogido por su enseñanza acerca del Salvador que recientemente había encontrado, que comencé a temblar de emoción ante aquello de lo que caí en cuenta: El mundo no celebró su venida, sino que lo crucificó. Sin duda alguna, yo era un adolescente impresionable. ¿Pero no le crucifica el mundo a su propia manera todavía, y con formas a menudo sutiles? A menos que el significado de lo que Él hizo en la primera navidad nos sacuda, difícilmente podremos decir que hemos entendido algo de lo que significa, o acerca de quién es Él realmente.

¿Quién es el que en Belén Reyes y pastores ven
Es Jesús, ¡Qué bella historia! Mi Señor el Rey de gloria.

No confundamos a Cristo con Santa Claus. En esta navidad, encontremos maneras de darle a conocer en toda su maravilla de encarnación.

Por Sinclair Ferguson

[1] Este artículo apareció originalmente en el número de diciembre de 1997 de la revista Tabletalk. El mismo fue traducido y publicado con el permiso de los Ministerios Ligonier, a quienes agradecemos su gentileza. Sinclair Ferguson es pastor en Glasgow, Escocia, y autor de más de 20 obras de sólida enseñanza Cristiana.